

SOLEDAD TENDERO DULCINEA 2026



Soledad es, ante todo, una mujer trabajadora, cercana y profundamente vinculada a su pueblo y sus raíces. Su vida ha estado siempre ligada a sus gentes y a la vida cotidiana de Consuegra. Una trayectoria construida desde la sencillez, el esfuerzo y la dedicación a los demás.

Toda su vida laboral ha estado vinculada a su localidad. Ha trabajado en diferentes servicios de limpieza, también ha desempeñado una importante labor de cuidado y acompañamiento, poniendo de manifiesto su sensibilidad y su capacidad para estar al lado de quienes más lo necesitan y, actualmente, continúa prestando sus servicios de limpieza en el Ayuntamiento. Son trabajos diferentes, pero todos tienen algo en común: su dedicación y su voluntad de hacer las cosas bien y de ayudar a los demás.

Su historia es también la de tantas mujeres de nuestros pueblos que han sacado adelante a sus familias a través del esfuerzo diario y constancia, dejando su huella sin necesidad de grandes reconocimientos.

Cuando piensa en la Fiesta de la Rosa del Azafrán, uno de los recuerdos que inevitablemente le devuelve a su infancia es el de aquella bicicleta en la que se desplazaba con unas cestas que, vistas desde la perspectiva de una niña, parecían enormes. Es una imagen que hoy le provoca una sonrisa, pero también mucha añoranza.

La rosa formaba parte de la vida cotidiana de su familia. En su casa había mucha rosa, y se veían obligados a dar rosa que ellos recogían a familiares para que les ayudaran con la labor de la monda. Aquellas jornadas de trabajo, compartidas con familiares y vecinos, forman parte de unos recuerdos que permanecen intactos con el paso de los años.

La Fiesta de la Rosa del Azafrán no era entonces únicamente una celebración. Era también una forma de vivir, de encontrarse y de compartir. Era el trabajo de

muchas manos, las conversaciones, el ambiente en las casas y esa tradición que pasaba de unas generaciones a otras casi sin darse cuenta.

Hoy, cuando Soledad recuerda aquellos años, le remueve la nostalgia de una época, una forma de vida y unos recuerdos familiares que forman parte de quién es.

En su vida, la familia ocupa un lugar fundamental. Es madre de tres hijos y uno de sus mayores deseos es que ellos conozcan y valoren aquello que forma parte de sus raíces. Quiere transmitirles el respeto, el esfuerzo, el cariño por las personas y, especialmente, el valor de las costumbres que han dado identidad a su pueblo.

Para Soledad, mantener una tradición no significa simplemente repetir lo que se hacía antes. Significa conocer de dónde venimos, comprender el valor de aquello que hicieron nuestros mayores y conseguir que ese legado continúe vivo.

Por eso, recibir este reconocimiento tiene para ella un significado especial. Supone poder mirar su propia historia desde otra perspectiva y recordar una vida entera vinculada a su pueblo: desde aquella niña que recorría sus calles en bicicleta, con unas cestas que parecían enormes, hasta la mujer que hoy continúa trabajando en él y formando parte de su día a día.

Y quizá ahí esté el verdadero sentido de la Rosa del Azafrán para Soledad: en las personas, en los recuerdos y en todo aquello que permanece cuando pasan los años. En las manos de quienes trabajaron la rosa, en las casas donde se mondaba, en los vecinos que compartían su cosecha y, ahora, en las nuevas generaciones que tienen la responsabilidad de seguir dando vida a esta tradición.

Porque Soledad forma parte de esa historia de Consuegra que no siempre aparece escrita, pero que se construye cada día con el trabajo, la familia, los recuerdos y el cariño por un pueblo.

